

## I. SOMBRAS

Caía la noche en el patio del palacio. El frío invierno había marchado de las calles de la ciudad hacía unas semanas, y su proximidad al mar lo había convertido en una pesadilla para los menos afortunados, que vivían en los rincones más inhóspitos de los barrios pobres.

La débil luz que iluminaba los arcos del patio era fruto de unos candiles prácticamente vacíos de aceite, y junto con la brisa que envolvía el patio, creaba figuras que atemorizarían a cualquier buen creyente si les dijeran que eran obra del mismísimo diablo. En el centro del patio había una fuente de la que emanaba un débil chorro de agua, y en el fondo de su circular forma, siete peces de color naranja y dos blancos subsistían a las bajas temperaturas. Y es que este invierno había sido especialmente duro, pues desde el año 1330 no se recordaba uno igual... y de eso habían pasado ya veinte años. Unas palmeras de pequeño tamaño, en sus propios tiestos, flanqueaban el patio, que debía de medir unos veinte metros de lado, y tenía forma cuadrangular. Y entre las palmeras y la fuente, seis naranjos jóvenes, de unos tres metros de altura cada uno, envolvían la fuente como si de un abrazo se tratara.

Los muros del Palacio Real se mostraban vetustos y seguros, y daban al edificio mayor solidez si cabe. Nada hacía sospechar que, en semejante escenario de belleza arquitectónica, podía ocurrir lo que ocurrió.

Una sombra se movía con una rapidez inusitada, y tras conseguir salir por una de las ventanas del primer piso, hizo uso de una de las palmeras para bajar cautelosamente hasta la cota cero del patio. Jadeaba fuertemente, pues la tensión del momento junto con el esfuerzo físico que le había supuesto el bajar hasta el patio y, seguramente, alguna carrera por el interior de los corredores del palacio demostraba que no se encontraba en su mejor forma física. La sombra destacaba por llevar una capa con capucha, que le cubría hasta prácticamente los tobillos. Aquí se dejaba ver unas botas de cuero desgastado, de color oscuro y que llevaban auestas muchos pasos ya. Además, el roce con el tronco de la palmera las había dejado en peor estado si cabe. No debía llegar al metro ochenta de estatura, y cuando se giró rápidamente para verificar que no había nadie en los alrededores, se pudo ver que se trataba de una figura delgada. Esto le había posibilitado salir por la ventana con mayor facilidad. Cuando la capa volvió a su sitio habitual, y tras haber mirado a los cuatro lados del patio, decidió dirigirse hacia el lado

que, tras un pequeño corredor, desembocaba en el perímetro de la antigua muralla romana de la ciudad.

Sin embargo, y después de apenas dar nada más que un par de pasos escuchó el ruido provocado por unas botas tras él, en el arco central del lado sur del patio. En ese momento, se quedó congelado, como si la temperatura, ya baja de por sí, hubiera bajado varias decenas de grados instantáneamente. Fue entonces cuando escuchó una voz ronca que provenía de allí.

—¿Lleváis vos prisa? Porque por ahí no está la salida.

Giró su cabeza poco a poco para tratar de ubicar con exactitud el origen de la voz, pero solo pudo ver unas botas saliendo de la oscuridad. Nada más. Se trataba de otra sombra que no podía identificar. Ningún rostro se había visto hasta ahora. El ruido provocado por el chorro de agua de la fuente era lo único que se escuchaba, hasta que hizo sonar su voz.

—La verdad es que prisa sí tengo. Igual vos podría indicarme la salida.

Esas palabras sirvieron para enmascarar el ruido producido por el filo de la espada saliendo de su vaina, con la que se aseguraba el factor sorpresa. Sin embargo, no había acabado de salir toda la espada de la vaina cuando, inesperadamente y a una velocidad de vértigo, de la penumbra surgió una imponente figura armada con una enorme espada negra. Él, que se encontraba justo un paso por delante de la fuente, de repente notó un estremecimiento. Bajó la mirada y vio cómo la punta de la espada se había hundido en su costado. Acercó la mano izquierda para cerciorarse de que aquello era real, y se llenó la misma de la sangre que empezaba a emanar de aquella herida. La vista se le empezó a volver borrosa y a continuación se venció hacia atrás, cayendo dentro de la fuente, pero las piernas le quedaron colgando por la parte de fuera. El agua comenzó a teñirse de rojo debido a la herida del pecho. Los peces nadaban cerca del cuerpo inerte a la vez que lo esquivaban. Todo había vuelto a quedar en silencio, el cual solo interrumpía el débil chorro de agua que emanaba de las piedras del centro de la fuente. La poca iluminación del patio no permitía ver el rostro del portador de aquella espada negra, pero sí una melena oscura peinada hacia atrás que le llegaba a la base del cuello, y una capa oscura le tapaba el cuerpo casi hasta los tobillos. Observó durante unos segundos el cuerpo que yacía en la fuente. En ese momento pudo ver el zurrón que

estaba atado en el lado derecho del cuerpo, y que hasta ahora había ocultado la capa. Estiró la mano izquierda y la metió dentro del zurrón, que medio flotaba. De él sacó un artilugio de pequeñas dimensiones: un cilindro de metal, con tres engranajes en dos de sus lados, que apenas sobresalían de las dimensiones de este. En uno de sus extremos había una pequeña caja cuadrada que albergaba el final del cilindro, y del que aparentemente salía algún tipo de engranaje por el interior. Por el otro, el cilindro acababa en plano, y en este lado, disponía de tres ruletas numeradas del cero al nueve, por lo que podían ofrecer miles de combinaciones. Sobre las ruletas, había una pequeña inscripción que rezaba *Ad Infinitum*, formando un pequeño arco. Según lo cogió, lo observó durante unos segundos a la vez que decía con una característica voz ronca:

—Vaya, vaya... Así que habíais venido a por esto. ¿Quién diablos eráis?

Guardó el artilugio en su capa y se encaminó hacia la penumbra de las arquerías nuevamente, mientras el chorro de la fuente combinaba su sonido con el de los pasos.

Y cuando todo parecía que había acabado sin testigos, no había sido así. Justo al final del corredor que desembocaba en la parte alta de la antigua muralla, una tercera sombra había observado con detalle lo ocurrido. Y no era casualidad su presencia, pues estaba esperando al malogrado que yacía en la fuente, para ser su relevo y a la vez escapar juntos. Sin embargo, con los ojos vidriosos, aún no podía creer lo que había sucedido. Trataba de contener todavía el grito ahogado que le había generado la muerte de su compañero. Y es que Marcús era alguien muy especial para Marion, pero haberlo visto morir ante sus ojos había sido un golpe muy duro. Sin embargo, cuando la sombra que había acabado con Marcús estaba a punto de desvanecerse por completo en la penumbra, una de las piedras sobre las que se apoya Marion en la muralla cedió. Al caer hasta la calle de abajo, a una altura de entre dos y tres metros, produjo un ruido al que el eco le dio mayor volumen. Entonces se agarró a un saliente de la muralla para no caer al vacío, y quedó justo por debajo de la raíz de un árbol que había tomado la muralla como tiesto improvisado. La sombra se paró en seco al escuchar el ruido y dio media vuelta con un movimiento ágil y rápido. Se dirigió hasta la muralla, que le llegaba a la altura de los muslos, ya que el verdadero desnivel estaba por la parte exterior del recinto. Miró hacia abajo, sin escamotear ningún rincón desde su ángulo de visión. Pese a ello, Marion se encontraba en el único lugar donde no podía ser vista, y contuvo la respiración un largo minuto. En ese instante, un gato negro como la oscuridad que le

rodeaba mostró sus ojos a la sombra mientras se le erizaba el pelaje. Al verlo, la sombra desistió de seguir mirando, pero el gato, que se había sentido incómodo por la presencia de él, dio un brinco y trató de darle un zarpazo en la cara. Seguidamente, se lo quitó de encima con la espada negra, cayendo el gato por la muralla hasta el nivel de la calle junto a un maullido de dolor. Entonces dedujo que el ruido de la piedra caída había sido obra del gato. Giró sobre sí mismo y volvió hacia la penumbra de las arquerías del patio.

Al escucharse como se cerraba una puerta, Marion ya pudo volver a recuperar el aliento. No podía volver a por el cuerpo de Marcús, era demasiado peligroso. Ya no podría volver a abrazarlo, sentir su calor, el roce de su piel... Poco después, aún con el temblor en el cuerpo, pudo bajar hasta el nivel de la calle y salir corriendo a través de la oscura noche de la ciudad condal.